

El arte de la fotografía tiene sus reglas fijas en el complicado mecanismo de sus manipulaciones; pero hay detalles de luz, de perspectiva, de posición de los objetos que no pueden fijarse de ante mano, por que su variación es casi infinita. El artista que pudiera dedicar su tiempo á la fotografía de animales silvestres haría un servicio valiosísimo para la Historia Natural; algunos naturalistas han intentado ese trabajo, gastando verdaderos tesoros de paciencia, y exponiendo repetidas veces la vida para sorprender las aves en su nido, sobre despeñaderos á donde no se puede llegar sino colgando de una cuerda suspendida á centenares de pies sobre un abismo. Imitando la apariencia de un tronco silvestre, se ha llegado á tomar la vida íntima de ciertos pájaros en la época de su reproducción, cuando la hembra calienta maternalmente sus huevos, cuando los pichones reciben del pico de sus padres los primeros alimentos y cuando abren por primera vez las alas para tomar posesión del elemento en que han de moverse el resto de su vida. De esas fotografías, llenas de animación y de vigor, á la imagen de un animal diseccionado, hay tanta distancia de parecido, como entre una princesa egipcia, llena de encantos y atractivos, y las momias descarnadas que se conservan desde hace dos mil años.

Imaginaos un grupo de doscientos zopilotes en el matadero público y tendréis la vida de estas aves descrita en docientas faces diferentes: unos con las alas abiertas, secando al sol las plumas que la lluvia les ha dejado adheridas al cuerpo; otros sobre los árboles vecinos, en actitud de reposo, para digerir el alimento que talvez comieron con exceso; aquí un grupo que se asoma al enrejado, con el estómago vacío, esperando los desperdicios de la res que acaban de matar; allá otros atraídos por una calavera fresca, donde quedan piltrafas de carne, ojos enteros y otras golosinas; más lejos cuatro ó cinco que se disputan un pedazo de cuero; uno que acomete al compañero por que le quitó su bocado favorito; otro que se defiende presentando al adversario la lanza de sus alas extendidas.

Así como nosotros nos aprovechamos, por adaptación al medio en que vivimos, de la miel fabricada por las abejas, del capullo del gusano de seda, de la cera que producen los panales, de los huevos de las aves y de todo cuanto en la Naturaleza existe á nuestro alcance, de la misma manera los zopilotes se aprovechan de los residuos de los mataderos, recogen los desperdicios de comida en las cocinas, instalan sus nidos en los entrecielos de nuestras casas, allí crían sus pichones, se bañan en los pilones de las caballe-



MATADERO



rizas, duermen en los árboles de los jardines y comparten su vida con el hombre como las ratas, las arañas, las pulgas, las moscas y los zancudos. Las molestias que nos causan á veces los zopilotes están bien compensadas con el servicio de limpieza que ejecutan en los desagües, en los basureros y donde quiera que hay materias putrefactas.

Para tomar la fotografía de estos animales se pierde mucho tiempo: no bien se ha enfocado la cámara en un grupo de ellos cuando alzan el vuelo, ó se dispersan, á saltitos, como si la lente que se les pone delante fuera el cañón de una escopeta. Atraídos por un pedazo de carne acuden poco á poco, luego se detienen temerosos; el más atrevido se acerca, comienza á tirar del alimento, pero los compañeros no dan tiempo de exponer la placa fotográfica por que acuden todos en tropel y forman una masa confusa de alas y cuerpos, con movimientos tan rápidos que no se puede sorprender en ellos un instante de quietud. Haciendo un ligero movimiento con la mano ó un ruido que les infunda temor, se consigue que al menos tres de ellos conserven un segundo de reposo. Hay sin



embargo aparatos especiales con que se puede tomar imágenes fotográficas á larga distancia, de manera que los menores detalles se obtienen sin infundir sospechas á las aves. Para el común de las gentes, estos son pasatiempos inútiles, sin pensar que las ciencias descansan exclusivamente sobre los pasatiempos de los matemáticos, los físicos, los químicos los naturalistas, los historiadores y todos los demás que se afanan por el ensanche y difusión de los conocimientos humanos. Por el aislamiento en que los gremios pretenden encastillarse, resulta que los hombres dedicados á las investigaciones sociales descuidan los estudios de las ciencias físicas, los matemáticos ven en los hombres de letras nada más que parásitos de la sociedad, y los obreros consideran á los políticos como una verdadera plaga, siendo así que las ciencias, las artes y las letras forman en conjunto la manifestación de la inteligencia humana, una en esencia y trina en sus revelaciones.

Al sorprender un zopilote que refleja su imagen en la fuente tenemos un estudio de gran interés, considerado desde muchos puntos de vista: un físico podría hacer una conferencia sobre la reflexión de las imágenes; un matemático sobre las leyes de perspectiva; un pintor sobre la belleza del conjunto;

un naturalista sobre el ave misma y sus costumbres. De la misma manera que el pensamiento humano se refleja sobre sí mismo, el zopilote contempla su propia imagen reflejada en la fuente á cuya orilla se posa; luego abre sus potentes alas y se remonta en el espacio, revoloteando tranquilo en las alturas, mientras contempla el panorama espléndido de la Naturaleza, y el hombre criatura insignificante apegado á las miserias humanas que constituyen la lucha por la vida. Jamás se le habrá ocurrido al zopilote pensar que pertenece á una raza degenerada, por vivir siempre en los trópicos, ni habrá suspirado por que el zonchiche venga á comunicarle la rapidez y resistencia de su acerado aparato volador; contento con el ambiente en que se desarrolla, vive tranquilo y se ríe del orgullo de los hombres que, por rodearse de comodidades egoístas, se esclaviza voluntariamente, sin llegar á conformarse con su modo de ser, por que desprecia sus propias capacidades, y se pasa suspirando por un bienestar absoluto, que nunca alcanza á conseguir aunque sacrifique su propia libertad.



*A. Alfaro.*